

Una reflexión sobre la Antropología Social argentina



Miguel A. Bartolomé

doi: 10.34096/runa.v43i3.10283

Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), México.
Correo electrónico: barbarz@prodigy.net.mx

Resumen

El propósito de este ensayo es contribuir a la reflexión sobre el pasado reciente, el presente y el eventual futuro de la Antropología Social en la Argentina. Como graduado anterior a la dictadura militar de 1976-1983, pero que vivió la intervención militar de 1966, creo haber sido testigo de sucesos políticos que han impactado hasta el presente el desarrollo de nuestra disciplina, generando ideologías que influyen en la orientación de los estudios étnicos.

Palabras-clave

Antropología; Etnografía;
Indígenas; Argentina; Estudios
étnicos

A reflection on Social Anthropology in Argentina

Abstract

The goal of this essay is to contribute to the reflection on the recent past, the present, and future of Social Anthropology in Argentina. As a graduate who finished his studies before the military dictatorship of 1976-1983, but who lived through the military intervention of 1966, I think I have witnessed political events that have impacted the development of our discipline, generating ideologies that influence the orientation of ethnic studies.

Key words

Anthropology; Ethnography;
Indigenous People; Argentina;
Ethnic Studies

Uma reflexão sobre a Antropologia Social na Argentina

Resumo

O objetivo deste ensaio é contribuir para a reflexão sobre o passado recente, o presente e o eventual futuro da antropologia social na Argentina. Como uma pessoa que se formou anteriormente à ditadura militar de 1976-1983, mas que viveu a intervenção militar de 1966, acho que testemunhei acontecimentos

Palavras-chave

Antropologia; Etnografia;
Indígenas; Argentina; Estudos
étnicos



políticos que impactaram, até o presente, o desenvolvimento da nossa disciplina, gerando ideologias que influenciam a direção dos estudos étnicos.

Una reflexión sobre la Antropología Social argentina

Me siento agradecido de haber sido invitado a participar en la conmemoración de este número 70 de nuestra revista *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, de cuyo comité editorial también me honro en formar parte. Desde mi ya lejana juventud estudiantil, en la década de 1960, las páginas de *Runa* significaron una de las aperturas posibles a las Ciencias Antropológicas. Sus contenidos han envejecido y se han actualizado de acuerdo a los cambios históricos de nuestras disciplinas; por ello el concepto de “Archivo de la Ciencias del Hombre” con el que la definieron sus creadores, pese a su solemnidad museográfica, no carece de realidad contemporánea. Como antropólogo formado en la época previa al sangriento interregno representado por la dictadura militar de 1976-1984, soy testigo de un pasado de la carrera en la entonces Universidad Nacional de Buenos Aires (UNBA), pero estuve ausente de sus desarrollos posteriores ya que migré a México en 1972. Sin embargo, quiero aprovechar esta oportunidad que me brindan las editoras de este número para intentar contribuir a la reflexión sobre el desarrollo actual de la Antropología Social en la Argentina, señalando algunos de los que considero aspectos contradictorios.

Desde hace varias décadas asistimos a un discurso que, pretendiendo ser original, no hace más que reiterar la supuesta desaparición del *objeto tradicional* de la reflexión antropológica asumiendo que ésta estaba exclusivamente ligada al exotismo de la alteridad cultural. En realidad, ese discurso no hace más que reproducir la inquietud de las Antropologías metropolitanas, a quienes la descolonización de la segunda mitad del siglo pasado pareció privar de su interés por los pueblos llamados *primitivos*, al asumir de manera tardía su vinculación con los procesos coloniales. Ese *mea culpa* metropolitano fue arbitrariamente asumido por aquellos colegas de las Antropologías periféricas creyendo que así se mantenían *actualizados* con las corrientes dominantes del pensamiento social. Sin embargo, asistimos a un panorama mundial signado precisamente por la emergencia étnica, por un escenario donde la globalización ha hecho aún más visibles lo distintos rostros étnicos de la humanidad, que se niegan a ser destruidos por la occidentalización hegemónica. En momentos en que la cuestión étnica se manifiesta como uno de los más críticos procesos sociales y políticos de nuestro tiempo, no se puede seguir reiterando que constituye una apelación al pasado, más que a través del ejercicio de una deliberada ceguera ontológica.

Es por ello que propongo que le toca a la Antropología, considerada a veces como la ciencia de la diferencia, ofrecer aproximaciones posibles a la diversidad cultural pasada y presente de las diferentes configuraciones estatales; es decir, al pluralismo cultural objetivamente vigente, para tratar de entender algunos de los aspectos más críticos de las relaciones interculturales contemporáneas. Esto supone reconocer que la interculturalidad puede ser comprendida como el aspecto dinámico de la pluralidad, en la medida que implica la vinculación de actores sociales pertenecientes a diferentes esferas culturales; pluralidad cuya existencia objetiva y proyección hacia el futuro depende precisamente de las características de las relaciones interculturales. Dichas relaciones brindan visibilidad a la pluralidad y, a la vez, de su naturaleza depende el futuro

mismo de la pluralidad cultural, ya que no es factible el mantenimiento de una diversidad signada por la desigualdad que ha tipificado a nivel histórico y contemporáneo la vinculación entre las sociedades alternas y los Estados nacionales. Esta complejidad sistémica se ha incrementado en las últimas décadas, puesto que la vinculación se manifiesta no sólo como la articulación de las colectividades étnicas y/o raciales diferenciadas con sus Estados, siempre hegemónicos, sino también con la creciente demanda mundial de recursos estratégicos y otros agentes que representan las fuerzas más visibles y dominantes del mundo capitalista globalizado (Bartolomé, 2006).

Como antropólogo que alguna vez fue argentino y que ahora no es mexicano, tal vez no sea el más indicado para reflexionar sobre la Antropología argentina, pero no puedo evitar un comentario sobre procesos de los que alguna vez fui protagonista y durante muchos años sólo testigo, aunque intelectual y profesionalmente presente (Bartolomé, 1972a, 1972b, 1976, 1985, 2009, 2014). Me refiero a la minusvaloración del trabajo con poblaciones indígenas, propia de una vertiente de la Antropología nacional cuya óptica espero que esté cambiando. No pretendo realizar una generalizada, y por lo tanto injusta, crítica a algunos de mis colegas argentinos, sino destacar cómo los prejuicios teóricos y los contextos políticos influyen en la percepción de una realidad de la que ellos deberían ser los interlocutores privilegiados dada su formación profesional. El tema requiere una explicación, que no puede aquí ser detallada, pero sí al menos comentada.

Desde la institucionalización de la Antropología en Argentina, a mediados del siglo XX, como bien lo señalara Hugo Ratier (2010), la enseñanza local de la Antropología permaneció bastante impermeable a las tradiciones europeas y anglosajonas dominantes del momento. En tanto el culturalismo norteamericano, el estructural funcionalismo anglosajón y el ya pujante estructuralismo francés ocupaban el panorama intelectual contemporáneo, en la entonces Universidad Nacional de Buenos Aires nuestros profesores consideraban que la polémica se daba entre el difusionismo y el evolucionismo. La arcaica Escuela Histórico-Cultural alemana y una fenomenología rudimentaria orientada por la Filosofía y dedicada a determinar las características del inexistente *pensamiento mítico* dominaban la Arqueología y la Etnología. En el ámbito de la Etnología una figura se hizo crucial para el momento; se trataba del profesor ítalo-argentino Marcelo Bórmida, cuyos discípulos generaron un culto a su figura tan irracional como la propuesta teórica que defendían. Bórmida fue mi jefe durante los años en que fui técnico del Museo Etnográfico, mi profesor y director de tesis de licenciatura, pero no fui su discípulo. De hecho, mi tesis sobre los *wichi*, aunque la aprobó, contradecía su propuesta sobre la mitología¹ (Bartolomé, 1976). Todo lo anterior no hubiera pasado de ser una anécdota académica si no fuera que dicho grupo controló las posiciones y las investigaciones antropológicas desde la intervención de 1966 — y durante el sangriento proceso militar — y transformó a los estudios sobre poblaciones indígenas en precarias recopilaciones de mitos huérfanas de contextos sociales y de análisis interpretativos.

Después de la intervención militar de 1966, y especialmente a partir de la instauración de la dictadura militar de 1976-1983, aprovechando también el vacío intelectual y profesional dejado por las patéticas e ideologizantes *cátedras nacionales*, este grupo se transformó en un sector dominante y excluyente que impuso su perspectiva académica (y política) como única alternativa posible en la Antropología local. Desde esa época se estableció un acendrado prejuicio teórico y subteórico por parte de los mayoritarios sectores profesionales

1. Se trató de un ensayo *fuera de época*. Para la fenomenología dominante, la tesis cuestionaba la inmutabilidad de las tradiciones míticas ofreciendo pruebas de su dinámica discursiva y de su eventual carácter político referido al contexto interétnico. Para la politización partidaria mi posicionamiento era *reaccionario* porque insistía no sólo en estudiar la mitología, sino también en una Antropología orientada hacia el estudio de las culturas nativas.

excluidos, muchos de los cuales ahora son profesores de cátedra, que suponían que quienes trabajaban con indígenas participaban de una propuesta arcaica y necesariamente reaccionaria de la Antropología. Esta precaria perspectiva se mantiene de manera relictual hasta el presente, tal como lo manifiestan algunas publicaciones que siguen asimilando a la Antropología Social con los estudios sobre sociedades no indígenas, posición que muchas veces no recurre a una argumentación teórica demasiado elaborada puesto que se basa en un prejuicio casi visceral. Incluso se piensa que la Antropología Social como tal comenzó a enseñarse después de la dictadura; sin embargo, yo mismo fui ayudante de cátedra de Antropología Social en 1970, cuando fue impartida (de manera precaria) por el antropólogo paraguayo Julio César Espínola y después auxilié — en la misma disciplina — a Sandra Siffredi y Edgardo Cordeu como profesores, mucho más responsables, siendo director del Departamento Augusto Raúl Cortazar. De hecho, hace poco tiempo, una colega que se ha dedicado a realizar una historia bastante sesgada de la Antropología Social argentina — en la que incluye a unos pocos conocidos suyos — ha confesado que, a pesar de graduarse en 1981, sólo fue hasta 1990 cuando realizaba su posgrado en Estados Unidos que ¡descubrió! que Etnografía, fenomenología y fascismo no eran sinónimos (Guber, 2018). Lo que quiero destacar es que esta poco reconocida consecuencia de la dictadura inhibió los estudios sobre pueblos indígenas contemporáneos, por lo que la Antropología argentina ha tenido que recuperar una tradición de la que casi había abdicado para poder proporcionar una imagen más realista de los procesos contemporáneos de las sociedades nativas. Estas consideraciones, quizás un tanto *intimistas* o demasiado locales, espero que ayuden a comprender el porqué de la escasa atención prestada a los fenómenos y manifestaciones identitarias indígenas, situación que sólo ha comenzado a revertirse hace algunos años. Las obras de varios colegas argentinos, que sería injusto enumerar para evitar involuntarias exclusiones, constituyen pasos adelante para superar una situación que nunca debió haber existido y que la compleja pluralidad cultural del mundo contemporáneo nos obliga a trascender.

En este sentido creo que más allá de cualquier definición etimológica o académica no considero que se logre ser antropólogo social dejando de lado la Etnología y la Etnografía. No se puede tratar de comprender los procesos sociales étnicos desvinculados de los sistemas culturales que incluyen, aunque éstos parezcan a veces anecdóticos o poco relevantes. En el caso de las poblaciones nativas — o diferentes a las del investigador — no podemos referirnos a ellas sólo en términos de sus *carencias* económicas, políticas, sanitarias, educativas, alimentarias, etc. Las sociedades no están constituidas por ausencias sino básicamente por *presencias*, y esas presencias — las que les dan sentidos, las que las hacen ser lo que son — están representadas por sus sistemas culturales. A las Antropologías latinoamericanas — y no sólo a la Argentina — les ha costado, y les está costando mucho, superar las crisis que para las Ciencias Sociales significaron y significan los conflictos económicos, políticos y sociales por los que atraviesan las sociedades nativas y sus propias sociedades. Algunos colegas siguen transmitiendo a las nuevas generaciones estas huellas indelebiles; el papel de la Antropología se cuestiona una y otra vez, tal como sucede desde los mismos comienzos de la disciplina. Pero, tal como lo demuestra la historia, la única forma de superar el inmovilismo generado por un exceso de espíritu crítico o de pesimismo existencial, derivados de contextos históricos negativos, es precisamente a través de la misma práctica de la Antropología. Al nutrirse de la realidad y la vivencia, la investigación etnográfica pierde su carácter especulativo y adquiere la dimensión tangible que ha alimentado la reflexión antropológica en todos los tiempos. Los antropólogos nos nutrimos

de vida, de la vida de aquellos que estudiamos y que paulatinamente dejan de ser *otros* para llegar a ser cada vez más cercanos a un posible *nosotros*. En esas etapas inclusivas disminuyen las dudas y las crisis epistemológicas para ser reemplazadas por algunas certidumbres científicas y morales, aunque éstas suelen estar acompañadas de justificadas inquietudes políticas.

Tal vez uno de los caminos posibles para superar la ansiedad metodológica sea recurrir a un procedimiento similar al que nos propusiera Lewis Carroll, a partir de las aventuras de *Alicia a Través del Espejo*, tal como lo he señalado hace algunos años (Bartolomé, 2003). Precisamente, la arriesgada empresa de Alicia supuso trascender las fronteras refractivas del espejo y penetrar en el mundo que éste contenía. Sus peripecias en ese aparentemente caótico universo la obligaron constantemente a moverse dentro de las distintas lógicas que le proponían los personajes que encontraba en su camino. A pesar de que dichas lógicas se manifestaban siempre como irreducibles a la suya, se veía obligada a aceptarlas a partir de que reconocía su propia ignorancia del mundo de los otros y la indudable legitimidad de la diferencia. Por otra parte, ella sabía (o intuía) que todos los acontecimientos aparentemente caóticos dependían de una definida estructura subyacente representada por las reglas del ajedrez. Pero reconocer la presencia de ese tablero de ajedrez subyacente a toda cultura no equivale a la necesaria búsqueda de una reducción estructural. Si bien las sociedades se mueven dentro de reglas predeterminadas que necesitamos conocer, al igual que en el ajedrez, las posibilidades de combinación de esas reglas son infinitas y lo que realmente importa es la configuración resultante, que exhibe la especial lógica combinatoria de cada cultura. Los factores estructurales subyacentes no bastan entonces para entender la complejidad de las configuraciones culturales, aunque éstas respondan a su lógica. No podemos reducir las culturas alternas a las lógicas (generalmente nuestras) que podamos identificar en ellas: a quien busca comprender sentidos no le basta con coleccionar reglas.

Me dedico a un campo considerado tradicional de la Antropología; el estudio de las poblaciones indígenas, que me ha permitido convivir alrededor de seis años con grupos de Argentina, Paraguay y México. Esto no significa que los pueblos indígenas sean el único campo de estudio de la Antropología, sino el que yo he elegido. He publicado varios libros y ensayos de Antropología política, otros tantos de Etnología y otros de Etnografía. Para describir contextos societarios o culturales se precisa la Etnografía, para profundizar en los aspectos culturales es necesario recurrir a la Etnología y para aprehender situaciones y procesos donde confluyen diferentes campos políticos, económicos y sociales puede decirse que estamos en el ámbito de la Antropología Social, aunque siempre el objetivo monográfico sean los grupos étnicos. Es decir, esta síntesis siempre apela a reflexiones analíticas compartidas y no contradictorias sino complementarias. Las distinciones corresponden a momentos o intereses de la investigación y no a encapsulamientos teóricos. Decía que es un campo tradicional, aunque creo que su tradicionalismo es aparente, puesto que considero que representa uno de los ámbitos de análisis más significativos y necesarios de nuestro tiempo. La globalización, no importa cómo sea definida, pero si entendida como una mayor intercomunicación planetaria, ha puesto en creciente relación todos los rostros de la aventura cultural humana. Aunque se trata de una relación generalmente asimétrica, en la cual las metrópolis económica y políticamente dominantes tienden a imponer su hegemonía cultural y económica al resto del planeta, hay también esfuerzos contrahegemónicos que tienen lugar en el vasto escenario de la interrelación humana contemporánea. Y en esta arena de una renovada conflictividad, que debe encontrar su resolución

parcial en un escenario de constantes negociaciones y renegociaciones de las partes, es que encuentra su siempre vigente lugar una Antropología que se quiere actual, una Antropología para la cual el famoso *otro* no es un sujeto exótico, ni sólo un ámbito para la reflexión profesional, aunque ello también sea legítimo, sino básicamente un protagonista activo de la historia que está en construcción, que es otra forma de llamar al presente. Contrariamente a lo que pregonan los denostadores de pasados coloniales, los críticos de nostalgias de lo exótico, si hay una disciplina anticolonial, humanista y antiexótica con un presente activo y necesario es la Antropología.

Biografía

Miguel A. Bartolomé es Licenciado en Ciencias Antropológicas por la UBA, Maestro y Doctor en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México y Profesor-Investigador Emérito (en activo) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) de México adscrito al Centro INAH de Oaxaca. Es también Investigador Nacional Emérito (en activo) del Sistema Nacional de Investigadores SEP-CONACYT y miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Es asimismo autor y compilador de 27 libros y alrededor de 100 ensayos sobre los pueblos indígenas de Argentina, Paraguay, Panamá y en especial de México, así como de la Antropología Política de América Latina.

Referencias bibliográficas

- » Bartolomé, M. A. (1972a). The situation of the Indians in the Argentine: The Chaco area and Misiones province. En W. Dorstal (Ed.), *The situation of the Indians in South America* (pp.218-434). Berna: Universidad de Berna.
- » Bartolomé, M. A. (1972b). La situación de los indígenas en la Argentina: Área chaqueña y provincia de Misiones. En G. Grünberg (Ed.), *La situación del indígena en América del Sur: Aportes al estudio de la fricción inter-étnica en los indios no-andinos* (pp. 309-352). Montevideo: Tierra Nueva.
- » Bartolomé, M. A. (1976). La mitología del contacto entre los Mataco: Una respuesta simbólica al conflicto interétnico. *Revista América Indígena*, 37(3), 517-557.
- » Bartolomé, M. A. (1985). La desindianización de la Argentina, *Boletín de Antropología Americana*, 11, 39-50.
- » Bartolomé, M. A. (2003). En defensa de la Etnografía: Aspectos contemporáneos de la investigación intercultural. *Revista de Antropología Social*, 12, 199-222.
- » Bartolomé, M. A. (2006). *Procesos interculturales: Antropología política del pluralismo cultural en América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI
- » Bartolomé, M. A. (2009). *Parientes de la selva, los guaraníes mbya de la Argentina*. Asunción: Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica de Asunción (CEA-DUC), Biblioteca Paraguaya de Antropología.
- » Bartolomé, M. A. y Radovich, J. C. (2014). Apuntes para la memoria: Miguel Hángel González una figura casi olvidada de la Antropología argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 39(1), 1-12.
- » Guber, R. (2018). Experiencias etnográficas sudamericanas: ¿Parte del problema o de la solución? *Avá. Revista de Antropología*, 32, 57-77.
- » Ratier, H. (2010). La Antropología Social argentina: Su desarrollo. *Publicar*, 9, 17-47.

